

## CAPÍTULO XX

### LA INTERVENCIÓN FRANCESA

Seguramente que no existe paralelo alguno en la historia universal en que un pueblo desorganizado y empobrecido como era el nuestro el siglo pasado, haya sido agobiado por tanta infamia, acosado por tantas injusticias, perseguido con tal voracidad por países que opusieron a la majestad del derecho que nosotros esgrimíamos, la brutal argumentación de la fuerza.

Eliseo RANGEL GASPAR

Como quedó expuesto en el capítulo anterior, con base en el derecho y la razón, la diplomacia juarista, con ayuda del general Prim, logró romper la triple alianza, al desenmascarar las verdaderas intenciones de Napoleón III, que por una parte recreaban los sueños del pirata Gastón de Raousset Boulbon de apoderarse de Sonora y por otra, pretendía imponer en el resto de México una monarquía con un príncipe europeo, tributario del imperio francés.

El conde Gastón de Raousset-Boulbon nació en Aviñón, Francia y al quedar huérfano de madre fue internado a la edad de siete años en el Colegio Jesuita de Friburgo en Alemania, donde permaneció hasta los 15 años de edad. Al cumplir los dieciocho años su padre le entrega la herencia materna que gasta totalmente en un lapso de doce años, entre juergas, disipaciones y malos negocios. En 1849 el conde era un fracasado tanto en el campo de los negocios —tuvo plantaciones en Argelia y un periódico en París—, como en el de la política en la que también incurrió sin éxito; su miseria le hizo emigrar a California en 1850, viajando como pasajero de tercera clase a bordo del barco "Ecuador".<sup>166A</sup> En el nuevo mundo, otro aventurero francés, el su-

<sup>166A</sup> Cfr., Trueba, Alfonso, *Aventurero sin ventura (Gastón de Raousset)*, Editorial Jus, 1957, pp. 14 a 19.

puesto marqués Charles de Pindray le entusiasma acerca de Sonora, con sus propósitos de colonización, Raousset es más ambicioso: quiere separar aquel territorio de México para someterlo al dominio francés; ambos murieron en esas tierras indómitas sin conseguir sus propósitos.

El 13 de julio de 1854, la expedición filibustera de más de cuatrocientos rufianes organizada por el aventurero sin ventura —como llama Alfonso Trueba a Raousset—, es totalmente derrotada en Guaymas por una improvisada tropa mexicana al mando del general José María Yáñez, en un combate en que murieron en defensa de México: el capitán Mariano Álvarez, el teniente Matilde Eliorraga y los subtenientes Reyes Briones y Crisanto Llera, acción militar en la que aparte de los caídos, también combatieron con valor y decisión, además del general Yáñez, el general Domingo Ramírez de Arellano, los tenientes coroneles Juan Espindola, Severiano Contreras, Antonio Campuzano y Cayetano Navarro; el comandante de batallón José Sandoval, los capitanes Manuel Muñoz, Francisco Espino, Antonio Mendoza, Julio Gómez, Wenceslao Domínguez, Francisco Irigoyen, Ildelfonso Huy, Tomás Robinson, el chileno Víctor Delgado y el irlandés Tomás McNamara; el comandante de escuadrón Platón Roa, los tenientes Camilo Hajar, Francisco Borunda, Mariano González, Jesús Carrillo, Cástulo García, Ruperto Cisneros, Anastasio Mesa, Tomás Spencer, Antonio Becerra, Mateo Uruchurtu, Wenceslao Ibarri y el irlandés Juan Dwire; los subtenientes José María Prieto, Luis Arias, Francisco Figueroa, Miguel Gutiérrez, Pablo Palomares, Celso Rodríguez y Antonio Arce; el oficial de cuenta y razón Ignacio Barquera; los sargentos Antonio Cortés, Luis Rivera y Joaquín López; el soldado Teodoro Arce; y los civiles Sebastián Chacón, Buenaventura Márquez, Federico Larena, Juan Basosábal, el español Jorge Martinón y Miguel Ramón Peralta.<sup>166B</sup> A excepción de unos cuantos filibusteros que huyeron en la goleta Belle, los demás fascinerosos sobrevivientes fueron hechos prisioneros junto con su jefe Gastón de Raousset Boulbon, finalmente sólo el conde fue sometido a juicio, mismo que fue seguido ante un consejo de guerra presidido por el general Domingo Ramírez de Arellano, en el que también participaron como integrantes los capitanes Antonio Mendoza, Juan B. Navarro, Domingo Dufoo, Julio Gómez, Wenceslao Domínguez e Isidro Campos: El acusado nombró su defensor al teniente Francisco Borunda; concluida la instrucción el Consejo de Guerra dictó su sen-

<sup>166B</sup> Cfr., Sobarzo, Horacio, *Crónica de la Aventura de Raousset-Boulbon en Sonora*. México, Librería de Manuel Porrúa, S. A., 1954, pp. 209 a 211.

tencia el 9 de agosto de 1854, condenando con base en el artículo segundo de la ley del primero de agosto del año anterior, a la pena de muerte al jefe de los filibusteros, quien fue ejecutado en Guaymas el día 12 del mismo mes y año; como dijera don Justo Sierra: “Gastón de Raousset quiso hacer de su vida una novela, y lo consiguió; no le faltó ni el epílogo, a un tiempo trágico y heroico.”

Al retiro de las tropas españolas e inglesas, ocurrido como quedó dicho en abril de 1862, siguió la rufianesca traición napoleónica a la hospitalidad mexicana, cuando las tropas francesas, faltando a la palabra empeñada, avanzaron rumbo a Puebla, en vez de retirarse de Orizaba, a la que no habían llegado a resultas de acción militar, sino por hospitalario permiso, para negociar un convenio con el gobierno mexicano.

En el siglo pasado, como en los anteriores y en el presente, las grandes potencias sólo han invocado las normas del derecho internacional cuando les favorecen y, en cambio, tal parece que se solazan en pisotearlas cuando son un teórico obstáculo a sus desmedidas e ilegítimas ambiciones; de esta suerte, sin mediar declaración de guerra, el ejército francés al mando de Laurencez, inició las hostilidades y con un contingente de seis mil hombres, a los que se sumaron los miserables efectivos de Márquez y Almonte, marchó sobre Puebla “la ciudad más hostil a Juárez —escribía el jefe militar francés— según la opinión de las personas a quienes debía dar crédito, y las que me aseguraban formalmente, conforme a las noticias que habían tenido oportunidad de recoger, que yo debería ser recibido allí con transporte y que mis soldados entrarían cubiertos de flores”.

La traición de los franceses no amilanó a Juárez, quien se aprestó a “rechazar la fuerza con la fuerza” según afirmó en su manifiesto a la nación del 12 de abril de 1862, en cuya parte final decía a sus compatriotas:

Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, o de consentir que extraños vengan a arrebatar nos nuestras instituciones y a intervenir en nuestro régimen interior. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa, tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la independencia de México, haciendo triunfar no sólo nuestra patria, sino los principios de respeto y de inviolabilidad de la soberanía de las naciones.<sup>167</sup>

<sup>167</sup> Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia, op. cit.*, t. 6, p. 247.

El conde de Reus, general Prim, advirtió proféticamente el resultado de la aventura napoleónica en México, en carta dirigida al señor José Salamanca:

No niego que las tropas francesas lleguen a a apoderarse de Puebla y también de México; lo que sí niego resueltamente, es que basten los batallones que hoy tiene el general Laurencez. Las águilas imperiales se plantarán en la antigua ciudad de Moctezuma, cuando vengan a sostenerlas 20 mil hombres más, ¿lo oye usted bien?, 20 mil hombres más, con el inmenso material que tan numeroso ejército necesitaría para marchar por este desolado país; porque México es de los países que, según decía Napoleón I, aunque su frase no la dirigiera a México entonces: "Si el ejército es de mucha gente, se muere de hambre, y si es de poca, se lo come la tierra". Admitamos que a fuerza de tiempo, a fuerza de hombres y millones lleguen los franceses a México; repito que no lo dudo; pero y ¿qué habrán conseguido con eso? ¿Cree usted que crearán la monarquía con visos de estabilidad? Imposible, tres, y diez, y cien veces imposible. ¿Podrán a lo menos crear un gobierno estable bajo la presidencia de Almonte? Tampoco, porque la gran mayoría del país (toda la gente de los pueblos, se entiende, porque los millones de indios no se cuentan), la inmensa mayoría, digo, es liberal, y todo lo que sea querer fundar un gobierno contra el sentimiento público, es un sueño, una quimera.<sup>168</sup>

Para rechazar al invasor, Juárez ordenó se organizase el Ejército de Oriente y nombró general en jefe a don Igancio Zaragoza, quien el 28 de abril de 1862 trató infructuosamente de detener al ejército francés en las cumbres de Acultzingo, tras de lo cual se retiró a Puebla a donde llegó el 3 de mayo de 1862 a preparar la desesperada defensa contra el entonces considerado como el mejor ejército del mundo, porque como Zaragoza dijera: "No se dirá ante el mundo que una fuerza de seis mil hombres, ha dominado a un país de ocho millones de habitantes sin encontrar la menor resistencia; es necesario combatir."<sup>169</sup>

El general en jefe del ejército mexicano puso a Puebla en febril actividad: se cavaron zanjas y fosos, se improvisaron trincheras y para-

<sup>168</sup> Galindo y Galindo, Miguel, *La gran década nacional*, México, 1905, t. II, p. 139.

<sup>169</sup> List Arzubide, Germán, *Guía conmemorativa del Centenario de la Batalla del 5 de mayo de 1862*, Biblioteca del Consejo Nacional Técnico de la Educación.— Secretaría de Educación Pública. México, D. F. 1962, p. 67.

petos, se instruyó a civiles voluntarios en el manejo de las armas y, lo que es más importante, se imbuyó a la tropa y a la ciudadanía de un gran fervor patrio; la última arenga, antes de la histórica batalla, la hizo Zaragoza a sus soldados, al amanecer del 5 de mayo, en los términos siguientes:

Soldados: ¡Os habéis portado como héroes combatiendo por la Reforma! ¡Vuestros esfuerzos han sido coronados siempre del mejor éxito y no una, sino varias veces, habéis hecho doblar la cerviz a vuestros adversarios! Hoy vais a pelear por un objeto sagrado; vais a pelear por la patria, y yo me prometo que en la presente jornada, le conquistaré un día de eterno renombre. Soldados: leo en vuestras frentes la victoria... Tengamos fe... ¡Viva la Independencia Nacional! ¡Viva México!<sup>170</sup>

Los poblanos respondieron con bravura y patriotismo al ejemplo de Zaragoza y por centenares se presentaban a pedir armas para defender la plaza contra el invasor; así se reorganizó el batallón de la guardia nacional "Lerdo de Tejada", al mando del coronel Francisco Granados Maldonado, y se formaron diversas compañías y guerrillas integradas con empleados, estudiantes y burócratas, en tanto que las mujeres poblanas instalaron un banco de sangre atendido por las señoras Juana Arauz, Mariana y Asunción Falcón, Guadalupe Prieto, Rosario Rivera y Teresa Seoane.

La caballería del Ejército de Oriente, integrada por un regimiento de 550 soldados al mando del general Antonio Álvarez, se situó abajo del cerro de Loreto, por el noroeste. El batallón fijo de Veracruz se instaló al lado sur del cerro de Guadalupe. La brigada de Michoacán, al mando del general José Rojo, se apostó en la plazuela de San Francisco, en el lado sur de Guadalupe. La brigada Toluca, a las órdenes del general Felipe Berriozábal se estacionó en la plazuela de San José, al pie del cerro de Loreto. Dos compañías se ubicaron en el templo de Jesús. El general Santiago Tapia, con los voluntarios reclutados, se ubicó en las goteras de la ciudad, por el lado oriente. Una guerrilla de menos de cien hombres, destinada a distraer al invasor, se emplató por el molino del Cristo, en tanto que la brigada Oaxaca, al mando del propio general Zaragoza se colocó en el barrio de los Remedios, al oriente de la ciudad. Un repiquete de las campanadas de la catedral habría de anunciar el acercamiento del enemigo y el disparo de un cañón del Fuerte de Guadalupe, notificaría el inicio de la batalla.

<sup>170</sup> *Ibidem.*

Poco después de las nueve de la mañana el insistente tañido de la campana María de la Catedral poblana anunció la proximidad de los seis mil soldados franceses; a las diez y cuarto de la mañana rugió el cañón de Guadalupe, se había iniciado el combate, durante el cual Laurencez realizó tres asaltos en los que los “suavos”, los “cazadores de Vincennes”, los “tiradores de marina” y los integrantes del “99 de línea” hicieron gala de gran valor y justificaron la fama guerrera de que venían precedidos; pero los indios de Tetela y de Zacapoaxtla y los integrantes del Ejército de Oriente no les fueron a la zaga en arrojo y valentía, al grado que al llegar la noche, los afamados soldados de Napoleón III huían en completa desbandada al amparo de la oscuridad creciente,

pero —informó Zaragoza— yo no podría atacarlos porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía;... Por lo demás me parece recomendar a usted el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar patentiza su brío y por sí solo los recomienda. El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en su ataque. Las armas nacionales, ciudadano ministro, se han cubierto de gloria y por ello felicito al Primer Magistrado de la República por el digno conducto de usted, en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el Ejército Mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.<sup>171</sup>

El triunfo de Puebla fue sumamente valioso para el gobierno de Juárez y para la causa de México, ya que su efecto psicológico fue enorme, porque, por una parte, entusiasmó a los mexicanos a luchar contra el invasor al evidenciar que éste no era invencible y, por otra, entorpeció los planes napoleónicos de una rápida ocupación militar con un ejército reducido.

Por instrucciones de Juárez, Zaragoza trató de obligar a los franceses a reembarcarse, acosándolos con dureza; la desafortunada acción del cerro del Borrego, en las inmediaciones de Orizaba, provocada por la irresponsabilidad de los centinelas de las tropas de González Ortega que se quedaron dormidos el 13 de junio de 1862, cuando estaban de guardia, impidió la derrota de los franceses que los hubiera replegado hasta Veracruz. Zaragoza relata los hechos de esta manera:

<sup>171</sup> Archivo del general Porfirio Díaz. *Memorias y documentos*, México, Editorial Elede, S. A., 1947, t. I, p. 159.

En cumplimiento de las órdenes dictadas para el ataque de Orizaba, emprendieron las Divisiones y Brigadas sus respectivos movimientos; mas por causas que hasta ahora ignoro, el C. general Jesús González Ortega no ocupó el cerro del Borrego a las once y media del día 13 que era la hora designada para dar un ataque combinado sobre la Angostura, cuyo paso era forzar, batiendo con ventaja el flanco derecho del enemigo, apoyado por el propio cerro, a fin de desarrollar las operaciones del ataque, después de haber reducido al enemigo a sólo el perímetro de la ciudad. Ocupando el cerro mencionado en una hora de la tarde, en que habría faltado tiempo para replegar al enemigo y establecer el campamento nuevamente con toda seguridad, me establecí con el resto del ejército, acampando a una Milla de la garita, cubriendo mi izquierda con la Brigada de Antillón, mi derecha con la División Berriozábal y el centro con la División Negrete, situada a la retaguardia con la columna de reserva con veintidós piezas de Batalla a uno y otro lado del camino; y diferí el ataque hasta el amanecer de hoy para llevar a cabo las operaciones combinadas, ordenando al C. general González Ortega batiere y llamase la atención del enemigo por el flanco derecho de éste, al amanecer de hoy, cuando se rompiese en nuestra línea el fuego de artillería. Desgraciadamente sucedió, según los informes que he recibido de varios oficiales dispersos de la División Ortega, que por un descuido, el enemigo sorprendió parte de aquella División en la obscuridad de la mañana, desalojándola del punto mencionado y en vano se esperó su cooperación a la hora señalada para el ataque. Nuestro fuego de artillería fue contestado por el del enemigo que se mantenía firme, asegurando el flanco que se le había de amenazar y con esta confianza, aún destacó sobre mi línea una columna que fue rechazada completamente.<sup>172</sup>

Por su parte, González Ortega informó a Zaragoza, del desgraciado suceso en los siguientes términos:

Según se impondría usted por los distintos partes que le mandé anoche, ocupé el cerro del Borrego poco después de las seis de la tarde de ayer, interponiéndose entre Orizaba y el campamento enemigo, en cumplimiento de las órdenes que habían recibido de ese Cuartel General para proteger el ataque que hoy debía dar a la

<sup>172</sup> García Sela, Manuel, "El cerro del Borrego y el sitio de Puebla", *La Reforma y la Guerra de intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963, pp. 116 y 117.

garita de la Angostura las fuerzas de su digno mando, atacando yo por uno de sus flancos... Me hallaba rodeado de las fuerzas del enemigo y éste, que conoció que la ocupación del cerro por mi parte importaba tanto como su derrota inevitable hoy, trató de hacerse de él a toda costa en la noche, lo que no habría conseguido, si no es por la imprecaución criminal del oficial del 4o. batallón de Zacatecas que custodiaba el punto donde se hallaban colocadas las piezas y por los oficiales encargados de éstas y que Ud. puso a mis órdenes, a cuyos individuos, lo mismo que a la tropa que mandaban, los ha sorprendido el enemigo dormidos de una manera absoluta a la una de la mañana; así es que han perdido el punto y las piezas, sin disparar con éstas un solo tiro. El 4o. batallón en medio del desorden que introdujo la sorpresa, trabó un combate reñido en el que quedó muerto su coronel C. Luis Pedraza, introduciendo este nuevo incidente y el anterior, alguna desmoralización en la tropa, como era natural. Esto no obstante, el enemigo, que con una audacia inaudita penetró hasta la cima del cerro, en que me hallaba, fue rechazado, logrando poco después apagarle sus fuegos. Yo ya no tenía artillería disponible y el enemigo se había apoderado de un buen punto, desde donde podía batirme, con las piezas que había quitado, a una distancia insignificante; creí por lo mismo que me repetiría el ataque, mas yo estaba resuelto a dejar bien puesto el nombre de las armas de México, peleando de todas maneras, así es que dispuse que el señor general De la Llave se encargara de las compañías del 4o. batallón no obstante la desmoralización en que se hallaba este cuerpo, según el aviso que me dio el señor general Alatorre, con dos compañías del primer batallón de Zacatecas reforzara al señor general De la Llave y quedarme yo en el centro y en el punto que estaba defendiendo. Antes de las cuatro de la mañana y en medio de una densa obscuridad, comenzó de nuevo el ataque, reñido, sostenido por los puntos que ocupaba mi fuerza, cuyo combate dio por resultado desde el principio, la muerte del coronel que me quedaba del otro batallón de Zacatecas, C. Dagoberito García; la muerte también del teniente coronel del batallón de Durango, C. Fortunato Alcocer y haber caído heridos el coronel de este último cuerpo, el teniente coronel del 4o. batallón cuyo cuerpo había perdido poco antes a su coronel y el señor general De la Llave. El general don Francisco Alatorre quedó cortado sin que pudiera reunirse, tanto por los fuegos del enemigo, como principalmente por las inaccesibles sinuosidades del terreno... Por la confusión en que entraron los combatientes, pues como he dicho

ya, no distinguía a mis soldados de los del enemigo, por quedar ya bien puesto el nombre de nuestras armas y muy especialmente porque ya no esperaba resultado favorable alguno, en atención a que los cuerpos que se hallaban en el cerro estaban algo desmoralizados y peleando en desorden por la pérdida que habían tenido de sus jefes, me resolví a retirarme y así lo verifiqué en medio de mis soldados y al paso natural y con el orden que podía permitir la confusión en que nos hallábamos y el terreno donde salíamos, sin que el enemigo diera un paso sobre mí... Aún no sé acertivamente las pérdidas que hayamos tenido, pero exagerándolas no pasa de cuatrocientos o quinientos hombres y tres piezas de montaña.<sup>173</sup>

El contratiempo del cerro del Borrego no desanima a Juárez, sino que aviva su propósito de derrotar antes de que éste recibiera el refuerzo de 25 000 hombres que al mando del general Ellie Frederic Forey había ordenado Napoleón III; por ello el gobernante mexicano, con fecha 15 de julio de 1862, envía una carta circular a todos los gobernadores, en la que les expone la miseria del erario federal y la urgente necesidad de combatir al invasor antes de que reciba refuerzos, y les exige, asimismo, su cooperación consistente en víveres o en numerario.

La adversidad nuevamente se ensaña contra México, cuando el 8 de septiembre de 1862, a las diez y cuarto de la mañana fallece el insigne liberal Ignacio Zaragoza Seguín, general en jefe del Ejército de Oriente, héroe indiscutible del 5 de Mayo y benemérito de la Patria; en sus honores fúnebres don José María Iglesias habría de decir:

Por ahora despedámonos del héroe: ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretejidas por nuestro agradecimiento; sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en el altar de la Patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestros odios y cuanto haya de impuro en el corazón de cada uno, para prepararnos debidamente a la obra más santa de los pueblos: la de la conservación de su soberanía.<sup>174</sup>

Ignacio Zaragoza Seguín nació en Bahía del Espíritu Santo, Tejas, el 24 de marzo de 1829, era el segundo hijo del subteniente veracruzano Miguel Zaragoza Valdez y de la bejareña María de Jesús Seguín, con quien había contraído matrimonio el 5 de julio de 1826 en Béjar,

<sup>173</sup> *Idem*, pp. 118 a 121.

<sup>174</sup> Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia*, t. VI, p. 853.

a donde había llegado un año antes el décimo segundo batallón de línea, entre cuya oficialidad figuraba el subteniente porteño. La niñez de Ignacio es la de un nómada, su familia cambia tantas veces de lugar de residencia, como el oficial Zaragoza de adscripción, así recorre los puntos principales de su natal Tejas y diversas poblaciones de San Luis Potosí, Michoacán y Guanajuato. En compañía de su familia, Miguel Zaragoza Valdez regresa a Tejas con el modesto grado de teniente, va combatir al pérfido colono anglosajón que se encuentra insurrecto. La formación escolar de Ignacio se inicia en 1837 cuando la familia se establece en Matamoros en una prolongada estancia de ocho años. En 1846 estalla la guerra con el voraz vecino del norte, el joven tejano —que al ejemplo de sus padres ama entrañablemente a su patria, de la que no quiere que se desprenda su tierra natal—, el 23 de octubre de aquel año envía al jefe de la plana mayor del ejército, la siguiente solicitud:

Ignacio Zaragoza Seguín, hijo legítimo del capitán de Plana Mayor don Miguel Zaragoza Valdez y de doña Ma. de Jesús Seguín, previo su consentimiento que tienen el honor de acompañar; a V. E. con todo respeto hace presente: Que deseoso de contribuir en alguna manera, a la defensa de su cara Patria que la vé hoy en peligro, a V. E. suplica, se digne concederle la gracia de que se le admita en la clase de Cadete, en el Regimiento de Húsares para batirse con los enemigos: prometiendo no desmentir de los buenos sentimientos que le animan, ni de la educación con que ha sido criado, hasta la edad de diez y siete años en que hoy se encuentra.

Terminada la guerra, el capitán Miguel Zaragoza Valdez se instala con su familia en Monterrey, es el año de 1849, a su hijo Ignacio, entonces de veinte años, lo coloca como empleado en la tienda del señor Felipe Sepúlveda.

La inactividad atrofia al veterano soldado que fallece el 11 de junio de 1851, apenas tenía cuarenta y cuatro años; la viuda queda con sus seis hijos: Miguel, Ignacio, Genoveva, María de Jesús, Emeteria de los Dolores y José María. Tres meses antes, el 12 de marzo, Ignacio había sido nombrado sargento primero de la compañía de fusileros de la guardia nacional sedentaria de Monterrey; para 1853 ya había ascendido a capitán.

Proclamado en 1854 el Plan de Ayutla, cunde por todo el país; Nuevo León no es la excepción y para 1855 la rebelión contra Santa Anna es incontenible en ese departamento, jefaturada por Santiago

Vidaurri, con quien el joven Ignacio Zaragoza llevaba buena amistad, lo que influyó —al igual que las instancias de doña María de Jesús Seguí, su madre— a que “ni por un momento más siguiera en las filas del odiado gobierno que lo obligaría a combatir en contra de sus hermanos y de la buena causa”. Incorporado a las fuerzas de Vidaurri, el capitán Zaragoza participa intrépida y destacadamente en la batalla celebrada el 22 de julio de 1855, en el Rancho de las Varas, junto a Saltillo, en la que los revolucionarios derrotan al ejército santanista que mandaba el general Adrián Woll; a resultas de esta acción militar Zaragoza es ascendido a coronel. Al triunfo de la Revolución de Ayutla, Ignacio se radica en Monterrey, donde se une en matrimonio con la joven Rafaela Padilla, el 21 de enero de 1857. Durante la guerra de Reforma, el bravo tejano se enrola en las filas liberales en las que destaca por su inteligencia y valentía en múltiples combates victoriosos como la toma de Zacatecas, el 27 de abril de 1858; la de San Luis, el 30 de julio del mismo año; la victoria sobre Liceaga, en el camino de Silao a Guanajuato, el 28 de febrero de 1859, que le vale la banda de general, otorgada por don Santos Degollado; la toma de Guadalajara en noviembre de 1860; y las célebres batallas de Silao y Calpulámpam, en que es destruido el ejército reaccionario, por no citar sino las más importantes acciones militares en que brilló el genio militar del estratega norteco, por lo que no sólo es ascendido a general, sino que al final de la guerra es uno de los jefes más prestigiados, gracias a sus sonados triunfos en los campos de batalla, por cuya razón en 1861, el presidente Juárez le nombra ministro de la Guerra, cargo al que renuncia el 10 de diciembre de ese mismo año para hacerse cargo de la división de San Luis y posteriormente jefaturar, a partir del 6 de febrero de 1862, al ejército que habrá de enfrentar al invasor francés; apenas el 13 de enero anterior había fallecido doña Rafaela Padilla, su esposa, en la ciudad de México, de quien se había despedido el 21 de diciembre de 1861. Luego vendría la heroica batalla del 5 de mayo y cuatro meses después, el 8 de septiembre de 1862, en Puebla, a las diez horas con quince minutos, fallecería víctima del tifo, a la edad de treinta y tres años, el insigne soldado liberal, el heroico defensor de la patria, el vencedor de los franceses, Ignacio Zaragoza Seguí. El congreso, en justo homenaje expidió un decreto cuyo corto articulado es el siguiente:

Art. 1o. Se declara ciudadano Benemérito del Estado, en grado supremo, al héroe del memorable 5 de mayo, el general Ignacio Zaragoza.

Art. 2o. Se erigirá un monumento en el lugar que se designará después, en memoria de la gloriosa jornada del 5 de mayo y de su digno héroe.

Art. 3o. Su nombre inmortal será inscrito con letras de oro en el salón de sesiones del H. Congreso del Estado.

Muerto Zaragoza, Juárez designa a González Ortega para sustituirlo; se toma la determinación de fortificar la plaza de Puebla para tratar de contener de nuevo ahí al invasor que empieza a recibir refuerzos desde a principios de septiembre de 1862, y con el propósito de alentar a los soldados de la República, el presidente resuelve ir personalmente a entregar las condecoraciones a los héroes del cinco de mayo, en una ceremonia celebrada en el fuerte de Guadalupe, el 4 de diciembre de 1862, en la que lo acompañan su esposa y los ministros de Guerra y de Relaciones, general Miguel Blanco y licenciado Juan Antonio de la Fuente.

En su alocución a los integrantes del Ejército de Oriente, Juárez les dijo:

Vencedores del 5 de mayo, defensores todos de la independencia nacional: un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningún poderoso, porque defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros. Soldados de Zaragoza: vosotros no empañaréis la gloria que a sus órdenes alcanzasteis. Tenéis su ejemplo que os alentará en el combate y tenéis al frente al vencedor de Silao y de Calpulálpam, que os conducirá a la victoria. Soldados ¡Viva la independiencia! ¡Viva la República!.<sup>174A</sup>

Tres meses más tarde, Juárez entrega en Puebla otras medallas a los defensores de Puebla, que por haber estado de servicio no las recibieron en la ceremonia anterior; llega desde el 27 de febrero de 1863, en compañía de Juan Antonio de la Fuente, ministro de Relaciones, y el general Miguel Blanco, ministro de Guerra, y el día dos de marzo hace solemne entrega de preseas, arengando con vehemencia al ejército mexicano que se apresta a repetir la hazaña del 5 de mayo. Dos semanas después se inició el sitio de Puebla.

<sup>174A</sup> Juárez, Benito, *Documentos, discursos y correspondencia, op. cit.*, t. 7, p. 154.

Los navíos “Normandie”, “Eyland” e “Imperial”, entre otros, trajeron a México 25 000 soldados para reforzar la invasión francesa, que de esta suerte reemprendió la marcha sobre Puebla, en donde las tropas mexicanas resistieron heroicamente durante sesenta y dos días, hasta el 17 de mayo de 1863, el sitio impuesto por los franceses, hasta que, según expresara González Ortega: “No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por falta de munición y viveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería.”<sup>175</sup>

El 31 de mayo, tras de rendirle honores, Juárez arriaría la enseña patria del Palacio Nacional y juraría regresar a izarla, tras de arrojar al invasor; y aborda la calesa, que por mucho tiempo sería el Palacio Nacional, iniciando su éxodo heroico por los polvorientos caminos de la nación; primera escala: San Luis Potosí.

El invasor francés progresa y hace retroceder al presidente nómada, de San Luis Potosí a Saltillo, de ahí a Monterrey, luego a Chihuahua, después a Paso del Norte, al que le habrá de dar su nombre, y si retrocede para eludir al enemigo, su espíritu no retrocede, su fe no se quebranta, y optimista afirma: “Dondequiera que yo esté, sobre la cima de una montaña o en el fondo de una barranca, abandonado de todos quizá, no dejaré de empuñar la bandera de la República hasta el día del triunfo.”

Y sin perder el entusiasmo mueve sus modestísimas fuerzas a través del territorio nacional e implanta la guerra de guerrillas contra el invasor: “Ninguna guerrilla se compondrá de menos de 25 hombres montados y armados. . . El servicio de guerrillero durará seis meses y antes de este tiempo no podrá dejarlo sin causa justificada y con aprobación del ministerio de la Guerra, del general en jefe de quien dependa, del comandante militar, o si no lo hubiere, del gobernador del Estado, donde solicite la baja.” Y confiado en su estrategia, pronostica la victoria mexicana:

Reconcentrado el enemigo en un punto como ahora, será débil en los demás; y diseminado, será débil en todas partes. Él se verá obligado a reconocer que la República no está encerrada en México y Puebla. Ahora se engañan lisonjeándose cómo dominar el país cuando apenas comienzan a palpar las enormes dificultades de su desatentada expedición. ¿Qué pueden esperar cuando les opongamos por ejército nuestro pueblo todo, y por campo de batalla nuestro dilatado país?

<sup>175</sup> García Sela, Miguel, *op. cit.*, p. 171.

El tiempo se encargó de constatar la tesis juarista, el ejército francés fue incapaz de domeñar al pueblo mexicano y de imponer el pretendido imperio de Maximiliano. El sueño napoleónico de dominar a México tuvo un amargo despertar: el 5 de febrero de 1867 se inició el retiro de los invasores, al dejar la capital sin vítores, y sin arcos de triunfo, para reembarcarse en Veracruz el 7 y 8 de marzo; la supuesta deuda —pretexto de la invasión— quedaría insoluta, tampoco se recuperarían los cuantiosos gastos realizados por la expedición que concluía en un fracaso total y dejaba a su protegido Maximiliano en la antesala del cadalso. Napoleón III y su consorte Maria Eugenia hubieron de apurar hasta las heces el acibar de aquella derrota contundente, absoluta, aplastante.

El inefable Luis Napoleón Bonaparte ejemplifica como pocos, el encumbramiento al pináculo del poder sin más méritos que el prestigio y la fama de un pariente genial. César Cantú, trató sin éxito de ocultar la defectuosa textura moral de aquel pavo real que la ceguera del pueblo francés coronó emperador, al hacer el infundado elogio del fermentado republicano en los siguientes términos:

Alma bienaventurada, espíritu esclarecido, pero escéptico para toda verdad, crédulo en el error y en las ilusiones, ignoraba cosas que todo el mundo sabía. Poseía el arte de la palabra; tenía el talento de las frases que parecían precisas, pero que eran vagas y no desvanecían ninguna esperanza, en aquellas peroraciones destinadas a la imaginación de los soldados y de los periodistas. Afable y modesto al mismo tiempo, aunque teatral, escribió el tratado de París con una pluma de águila; escribía entusiasmado la proclama de Magenta; embriagábase con los aplausos en las reuniones y en el teatro. Hacía coronar su efigie en las monedas, y buscaba la gloria de autor con su Vida de César, por la cual tomó tanto cuidado como nosotros mismos, otros pobres escritores. Recibía con esa amabilidad fría que acaricia y aleja; no respondía jamás a una petición; no rechazaba nunca una proposición, pero obraba siempre a su antojo. Encantaba con sus promesas a los que se veían amenazados, y al mismo tiempo, con sus seguridades, eclipsaba a aquello en que veía la amenaza; era bueno para todos los que le rodeaban y para los desgraciados en general; después de la batalla de Solferino, le he visto espantado por la sangre que había costado su victoria, y el número de muertos y heridos contribuyó en mucho a hacerle proponer la paz. Sin embargo, no vacilaba en incendiar a Europa... Mientras que en las conversaciones mostraba casi aban-

dono, decíase que cuando hablaba, mentía, y cuando permanecía callado, conspiraba. Y de hecho conspiraba siempre, también después de su elección; daba a entender que se inclinaba a la derecha cuando marchaba hacia la izquierda; hacía creer que se le arrancaba una resolución ya tomada por él o una concesión ya decidida. No obraba con precaución, sino por sobresaltos, por golpes teatrales, sin reflexión; tomaba decisiones incomprensibles, que después en la ejecución las modificaba completamente para seguir un término medio, de manera que parecía lleno de contradicciones. Audaz a la vez que flemático, resuelto a ciertos designios que algunas veces no eran más que utopías, vacilante en los medios, sabía esperar largo tiempo, siempre con el ojo en el blanco; cuando veía los precipicios retrocedía y pasaba por encima de las dificultades más grandes; cuando se creía seguro del éxito, se confiaba en la fortuna que le protegía; dejábase conducir por los acontecimientos, más todavía porque él mismo no sabía dirigirlos.<sup>175A</sup>

Sobrino de Napoleón Bonaparte, por ser el hijo de su hermano Luis, rey de Holanda y de la alegre reina Hortensia de Beauharnais, quien a su vez fue hija de Josefina María Rosa Tascher, la primera esposa del gran corso, Carlos Luis Napoleón Bonaparte nació en el palacio de las Tullerías en París, el 20 de abril de 1808; cuando tenía dos años sus padres se separaron, quedando él en Francia con su madre, la que luego tuvo con el general Augusto Carlos José Flahaut, un hijo llamado Carlos Augusto Luis José, quien al correr de los años se convertiría en el Conde y después duque de Morny. El encumbramiento de su hermanastro, primero como presidente y luego como emperador, dio al duque una influencia y un poder increíbles, lo que aunado a su absoluta carencia de escrúpulos, le permitió enriquecerse inmensamente; el negocio Jecker fue uno de los muchos turbios y fraudulentos que patrocinó; murió en París el 10 de marzo de 1856, su actuación inspiró a Daudet el personaje duque de Mora de su obra *El Nabab*. A la caída de Napoleón en 1814, Hortensia y sus hijos salieron desterrados del país galo, viviendo Carlos Luis Napoleón en el exilio, su niñez y gran parte de su juventud. Muerto Napoleón II —hijo del grande— en 1832, Carlos Luis Napoleón se consideró heredero de la dinastía napoleónica, pues ya habían fallecido sus hermanos mayores, así en 1836 realiza en Estrasburgo un infructuoso intento por derribar a Luis Felipe del trono de Francia; derrotado, fue

<sup>175A</sup> Cantú, César, *Historia Universal*, 8a. Ed., Buenos Aires, Editorial Sopena, 1965, t. X, p. 21.

hecho prisionero y deportado a América, donde permaneció una temporada. En 1840 viajó de nuevo a Francia para intentar por segunda ocasión, esta vez en Vimereux, cerca de Boulogne el derrocamiento de Luis Felipe; detenido en compañía de algunos de sus seguidores, fue sentenciado a prisión perpetua, siendo confinado en el fuerte de Ham de donde pudo escapar en 1846. Dos años más tarde, al amparo de la revolución que derribó la monarquía y restauró la república, Luis Napoleón regresó a Francia, resultando elegido el 11 de octubre, miembro de la asamblea constituyente primero, y dos meses más tarde, gracias a la aureola de su apellido, presidente de la República francesa, a la que no tardó en traicionar en aras de su ambición personal, al lograr el 7 de noviembre de 1852, la expedición de un senado-consulta que lo designó emperador de Francia, a cuyo efecto adoptó el nombre de Napoleón III. Previamente, en enero de aquel año, Luis Napoleón había iniciado un segundo periodo presidencial que debía durar diez años, lo que no satisfacía su ambición de poder vitalicio y hereditario, estimulado por la inmensa popularidad que usufructuaba de su célebre apellido. De esta suerte reiniciaba con carácter hereditario la dinastía napoleónica. Sin embargo, su entronización fue vista con desdén por las principales casas reinantes en Europa, por lo que no pudo concertar su matrimonio con ninguna princesa de estirpe real; así hubo de conformarse con celebrar matrimonio con la española condesa de Teba.

Eugenia María de Montijo y de Guzmán Portocarrero Palafox y Kirkpatrick, condesa de Teba, de Mora, de Baños, de Ablitas y de Santa Cruz de la Sierra, marquesa de Ardales, de Moya y de Osera, vizcondesa de la Calzada y dos veces grande de España, segunda hija del conde Cipriano Portocarrero Palafox y de su esposa María Manuela Kirkpatrick —a su vez hija de un arruinado noble escocés, que establecido en Málaga dedicóse al comercio de vinos e hizo una regular fortuna—, nació en Granada el 5 de mayo de 1826, y el 29 de enero de 1853 contrajo matrimonio con el recién coronado emperador Napoleón III, cuyas constantes infidelidades eran el tema obligado de los rumores en todas las capitales europeas, en los que se nombraba a la condesa Castiglione, a la condesa Walewska, a la princesa Troubetzkoi, a madame Labedoyere, y a las propias azafatas de la emperatriz Eugenia, como amantes de su esposo. Por ello, al decir de Conte Corti:

Decepcionada en su felicidad matrimonial, buscó distracción fuera del hogar. Sólo entonces empezó a ocuparse de política y su ma-

rido, que al principio no estaba conforme, la dejó hacer, pues tenía la conciencia demasiado intranquila en lo referente a su conducta con su mujer para poder reprenderla enérgicamente por nada. Con el tiempo, sin embargo, se acostumbró a tratar con ella todas las cuestiones políticas; debido a la creciente dificultad de la dirección de la política exterior y a la decadencia de su salud, buscó cada vez más el apoyo de su mujer que estaba siempre informada sobre todos los asuntos.<sup>175B</sup>

Espanta comprobar el holocausto de centenares de miles de personas para satisfacer la enfermiza ambición de aquel Napoleón el pequeño —como le llamara Víctor Hugo— que en vano trataba de emular al grande, o para atender un capricho de su consorte. Engañados, decenas de miles de jóvenes soldados franceses, fueron muertos en Crimea en la guerra contra Rusia; en Montebello, Magenta y Solferino en la guerra contra Austria; en China y Cochinchina en la guerra contra el Imperio de Annam; en Acultzingo, Puebla y Jiquilpan, en la guerra contra México; en Metz y Sedán en la guerra contra Prusia. No se peleó por la dignidad humana, no se defendió la justicia, no se procuró que prevaleciera la razón, ni se buscó el imperio del derecho; tan sólo se hizo valer el derecho del imperio que no era otro que el derecho del más fuerte para halagar la vanidad, el ego de un imitador carente de originalidad y genio, ayuno de sentimientos nobles, humanitarios, patrióticos, de un anacrónico emperador que a contrapelo de la tendencia democrática universal retrasó en Francia la vigencia de la voluntad popular.

El 2 de septiembre de 1870, cobardemente Carlos Luis Napoleón Bonaparte al frente de 80,000 soldados franceses se rinde en Sedán al rey de Prusia, sepultando con su derrota sus sueños imperiales y dinásticos. A los dos días una revolución derroca en París el imperio y restablece la república. Al firmarse la paz franco-prusiana Napoleón se exilia en Inglaterra, donde fallece el 9 de enero de 1873; le sobrevive por muchos años su esposa que alcanza una gran longevidad en la que mantiene una obsesión invariable, justificar lo injustificable: las guerras innecesarias, el atropello de los pueblos, la invasión de México, el sacrificio inútil de millares de vidas por su nefasta influencia en la cúpula del poder.

<sup>175B</sup> Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, 2a. Ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 59.